

Muerte digna de un padre.

In Memoriam de Juan.

En lágrimas de duelo,
sentía la certeza de tu muerte,
cuando viajaba a tu tierra de cuna y entierro
bajo un atardecer de invierno cálido
con nubes altas de sangre tiñendo el cielo
y cúmulos blanquísimos de Gloria
por donde se adentraba, ya segura, tu alma
en los brazos de un sol que huía del mar
para dormirse tras las montañas del ocaso.

Junto a tu último aliento de vida,
las manos de amor de tu esposa e hijos,
habían acariciado y besado tu rostro,
después del fiel adiós eclesial-sacramentado,
el fiel adiós de unción y eucaristía en Cristo,
nuestro adiós hacia la eternidad
que nunca cesará de latir en el recuerdo.

Tu muerte, padre bueno, fue con gran dolor,
tu gran dolor de purificación
compartido día tras día y noche tras noche,
junto a ti, hasta el final no deseado,
en una larga lucha por tantos hospitales
donde las almas sienten la amenaza
letal de la eutanasia provocada,
y los cuerpos entran y salen, muy deprisa,
acosados por la enfermedad
y la cruel burocracia de la gestión sanitaria.

En una impersonal cama hospitalaria,
tu sufrimiento fue nuestro sufrimiento,
junto a la presencia incansable
de tu familia cercana y lejana.
La muerte se vence cuando se comparte
el camino definitivo y cierto
hacia el abrazo paternal de Dios.

Por mucho que el dolor y la angustia
se aferren para dejarnos agotados, sin fuerzas,
el Dios del amor y de la esperanza,
transforma tu muerte digna, padre,
en presencia y quietud de viva Resurrección.

Tus últimas palabras, cercana la agonía,
son nuestro testamento de amor:
“¡Qué buena eres, esposa! ¡Qué buenos sois, hijos!”
Y tú, mi buen padre:

¡Qué bueno siempre has sido con todos!

Diego Quiñones Estévez.